

Ascen Capel Cilla

# La camionera

novela



Octaedro  Editorial



Fotografía: © Esperanza Porras

**Ascen Capel Cilla** (Barcelona, 1962) es jurista de profesión. Ha trabajado en el servicio público de justicia, donde ha publicado sobre la formación, la adopción internacional, la violencia sobre la mujer y la mediación. En 2019 recibe la Medalla de Honor de Justicia por Servicios Excepcionales. Su otra pasión es la literatura. Ha escrito cuentos infantiles y relatos. En 2023 publica la novela *La filla de la bóbila* (La Campana).

# La camionera



Ascen Capel Cilla

# La camionera

Octaedro 

Colección Horizontes

Título: *La camionera*

Título de la edición original en catalán: *La filla de la bòbila* (La Campana, 2023)

Traducción del catalán: Manuel León Urrutia

Revisión de la traducción: Ángela Fernández Fernández

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.



Primera edición: mayo de 2025

© Ascen Capel Cilla

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.  
C/ Bailén, 5 — 08010 Barcelona  
Tel.: 93 246 40 02  
octaedro@octaedro.com  
www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Queda expresamente prohibido el uso de esta obra para el entrenamiento de cualquier programa o aplicación de inteligencia artificial. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1079-069-8

Depósito legal: B 9758-2025

Diseño y producción: Octaedro Editorial

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Para Lola y Enriqueta. Y para Margarita,  
Carme, Teresa, Elisa, Mònica y Antonieta.  
Para todas.*



Una alenada de fresca estimulant, anunciadora  
del proper capvespre, l'abrigà de dalt a baix i  
semblà desensopir-la.\*

CATERINA ALBERT (VÍCTOR CATALÀ),  
*Solitud*

\* Una ráfaga de frescor estimulante, anunciadora del próximo atardecer, la abrigó de arriba abajo y pareció despertarla al instante.



# 1

En el tejar, el horno funcionaba día y noche todos los días del año, siempre. En verano, el calor se hacía insoportable. El polvo de arcilla, el olor a leña quemada y a carbón se confundían entreverados con el del sudor de los hombres que faenaban. Yo lo percibía y me atraía. Ya de muy pequeña les acercaba una rebanada de pan untada con el aceite de la tinaja. Madre no lo aprobaba, porque decía que la tejería era cosa de hombres y porque me quería en casa ayudándola a desgranar habas o triar lentejas. Por eso yo intentaba no molestar y pasar desapercibida. A veces les arrimaba el cántaro cuando me parecía que lo podían necesitar, y los hombres ni se daban cuenta de que había sido yo quien lo había dejado a su lado. Se habían acostumbrado a mi presencia y nadie me miraba. Entonces ya sabía que, si yo fuera chico, todo habría sido más fácil y madre no hubiera preferido que yo la ayudara a desgranar habas o triar lentejas y le parecería bien que yo les arrimara el cántaro a los hombres. Pero era chica, y si quería estar allí, me tenía que esconder, hacerme invisible.

Lo más emocionante del tejar era el horno, que funcionaba sin descanso, siempre. Eso sí estaba prohibido, lo más prohibido. No podía aproximarme. Nadie podía verme cerca cuando lo abrían. Me lo habían repetido muchas veces, también padre. Y los hombres. El horno era el infierno, y si te asomabas te sorbía y morías quemada. Permanecía siempre cerrado y solo lo abrían para echarle leña o carbón, y

cuando alguien lo hacía, nadie más se podía acercar. Pero un día lo vi. Escondida detrás de una pila de ladrillos esperé un buen rato que se me hizo muy largo. Hasta que abrieron la compuerta. Aún lo veo. Con la mirada atrapada en el color rojo más rojo de todo el color rojo de todas las ascuas de las brasas del mundo. El calor que desprendía era tan intenso que me aparté asustada por miedo a que me tragara y, de verdad, me llevara al infierno, o a que apareciera un dragón con una lengua de fuego apuntándome y me quedara allí mismo achicharrada en cuclillas, detrás de la pila de ladrillos aún calientes, las mejillas coloradas y el corazón latiendo deprisa.

Desde el mismo escondite podía observar cómo los hombres acarreaban las tejas y los ladrillos hasta llenar el carro de la mula, pobre mula, que rumiaba atada en el rincón del patio. Cuando estaba cargado hasta arriba, padre se lo llevaba y no volvía hasta la noche, con el carro ya vacío. Yo lo esperaba sentada en los escalones de la puerta de casa y, mientras, me figuraba que las tejas servían para construir el castillo del cuento de Rapunzel, una teja colocada de forma cóncava y otra, la cobija, abrazando a la siguiente, en capicúa, moldeando un tejado con mucha pendiente para que cuando cayera la lluvia, los canalones la hicieran deslizarse y se formara una cortina de agua mezclada con hojas y polvo, creando riachuelos que van a parar al río, que dicen que acaba en el mar, que yo nunca he visto, muy lejos.

Entonces llegaba padre con el carro vacío, lo dejaba en el rincón y desataba a la mula.

—Buen trabajo, buena mula —le decía mientras la acariciaba. Y la acompañaba al comedero, donde había paja y agua, y me veía sentada en los escalones de la puerta de casa, me daba un beso en la frente y me decía:

—Venga, vamos a cenar.

Y todo tenía sentido, y todo estaba en su lugar.

Había visto por primera vez el dibujo del castillo de Rapunzel un día de mercado. Nos paramos con madre delante de un puesto de pliegos que, entre peines, ungüentos y encajes de bolillos, tenía colgados de un cordel y una caña los romances de cuatro hojas en papel de hilo y también cuentos con un grabado en la portada. La tendera los nombraba con una cantinela que alargaba la última sílaba de cada palabra mientras señalaba los pliegos: «Coplas, romances, noticias, historias casi verídicas, hechos sensacionales que os dejarán aterrados, cuentos fantásticos, la vida del malhechor Dimas, la verdadera historia del hombre del saco, la vida de Santa Úrsula, el milagro del burro y las yeguas, novenas, sermones, moralidades, estampitas, retablos, pronósticos, calendarios, cuadernos de gramática y matemáticas...».

Mientras madre revolvía enseres de costura, yo clavé la mirada en el cuento. Y la mujer paró de recitar para descolgarlo de la caña y el cordel que lo sujetaba.

—El cuento de Rapunzel tiene el dibujo más bonito, parece grabado en tinta china, ¿lo ves? —y me lo acercó, y allí apareció el castillo y su alta torre y su tejado rodeado de letras que yo todavía no entendía. Lo contemplé unos instantes, encantada.

Madre, que parecía muy feliz aquel día, lo compró y me lo entregó con parsimonia, como si se tratara de las llaves del mismo castillo.

—Para ti y para tus hermanos, para cuando sepas la letra, que me lo tendrás que narrar enterito, de principio a fin.

Cuando al año siguiente fui a escuela, un día de primavera que ya cantaba el zorzal, le leí el cuento a madre mientras ella remendaba faldas y ropas bajo el soportal de la casa sentada en su silla y yo en el alféizar de la ventana, y me pareció que se le humedecían los ojos mientras me escuchaba sonriendo.

El primer invierno de estudio había de ser el más frío y feliz de mi vida. Comencé la escuela cuando los días se acortaban. Cada mañana me levantaba muy temprano cuando mis hermanos pequeños aún dormían y, sin que madre me tuviera que llamar, me vestía a oscuras y bajaba deprisa las escaleras hasta el patio. Al amanecer los hombres llegaban al tejar y, si el frío era muy intenso, se acercaban al horno y se sentaban a su alrededor sin abrirlo para calentarse antes de empezar a faenar. Madre ya trajinaba en la cocina. Me tenía preparado un vaso de leche y un mendrugo de pan seco que metía dentro para que se ablandara, y yo me lo comía en un periquete para poder salir deprisa. Preparaba el lápiz y la libreta que me había regalado la profesora, untaba una hogaza con un chorrito de aceite de la tinaja, y lo envolvía con papel de estraza para el almuerzo.

—Adiós, madre, hasta luego. «Adiós, padre» —me despedía de él si lo veía en el patio.

Hasta que el sol empezara a descender, no volvería a casa. Pasaría el día con mis amigas, Celia y María, y aún mejor, aprendiendo el abecedario y lo que la maestra nos explicaba. Y no es que no me gustara el tejar, me encantaba, pero ese verano madre me había anunciado que ya no podía estar entre los hombres y los ladrillos, que tenía que ayudar en las faenas de casa. Por eso les pedí ir a la escuela, sin saber todavía que disfrutaría tanto.

—Por favor, madre. Por favor, padre.

Lo hablaron y decidieron que sí. Que podía estudiar. Tiempo después sabría por qué había resultado tan sencillo.

—Nos irá bien que sepa la letra, no como yo, que no sé ni escribir mi nombre —dijo madre con la cabeza gacha. Padre sonrió.

El primer día madre me quiso acompañar, pero insistí en que podía llegar yo sola, que estaba cerca y caminaría con cuidado, y confió en mí. La maestra era la señorita Enrique-

ta, que lo sabía todo. Cuando nos aleccionaba yo me quedaba embobada con su cálido timbre de voz y con las palabras que salían por su boca, tan bonitas y extrañas.

—Yo de mayor quiero ser como usted —le solté un día en clase sin venir a cuento.

Y las niñas se rieron y alguna se burló y dijo que yo la adulaba. Pero era la verdad, y me salió así, tal cual. Y es que, entonces, yo lo quería saber todo, todo.

Cuando florecieron los almendros y se oyó el canto del cuco, ya había aprendido la letra. Yo le gustaba a la señorita Enriqueta, se notaba, me hacía leer en voz alta y yo me sentía especial. Cuando acababa la clase, me mostraba sus libros como si fueran piedras preciosas. Yo les pasaba la mano por la portada y leía el título, deletreándolo despacio y resiguiéndolo con la punta del dedo. *Cañas y barro. Robinson Crusoe. Solitud*. Me decía que pronto me dejaría uno para mi sola, para leerlo poco a poco, que lo tenía que disfrutar y entender, y que el mejor amigo que podía tener era un libro, y cosas así que yo entonces no comprendía. Con el tiempo, recordé sus palabras cuando en momentos difíciles tenía una novela cerca que me reconfortaba y me servía de escondite para desaparecer si lo necesitaba. También, con el tiempo, supe que fue la señorita Enriqueta quien convenció a padre para que yo fuera a la escuela. Nunca se lo agradecí lo suficiente.

Tenía dos hermanos más pequeños, Pedro y Elisa, y madre esperaba otra hija, Teresa. Después vendrían dos más, Jaime y Margarita, «la última flor de primavera», decía madre. Yo era la mayor, y siempre lo fui. A pesar de que yo no sentía ser la mayor, que parece ser que conlleva ser «sensata». Me lo decía la abuela cuando venía a visitarnos.

—No pareces la mayor, Lola, y no haces honor a tu nombre, que te viene de la abuela Lola, mi suegra, una mujer santa y cabal. Parece más sensata tu hermana pequeña que tú.

Y era verdad. Y eso me divertía. Elisa era mucho más apacible que yo. Podía estar sentada al lado de madre sin hacerse notar un día entero, sin quejarse, ni moverse ni molestar. Jugaba con una muñeca de trapo que había sido mía y que le gustaba mucho, la llamaba «Trapita» y le hablaba, la lavaba, la mecía y la ponía a dormir. Yo no. Yo no quería a la muñeca, no sabía qué decirle, prefería tirar piedras al río, jugar a hacer casas con pedazos de ladrillos y acompañar a padre en el carro hasta la ermita de San Pedro. Desde allí se veía el mundo. Los campos de colores diferentes según si era primavera, otoño, invierno..., el río, el desfiladero, el pueblo y las casas y la gente, muy pequeña. Y también se veía el cielo, muy claro. Mucho más claro que desde el tejaz, que siempre estaba entelado por el humo de la chimenea gigante que lo atravesaba y que cuando alcanzaba las nubes, se fundía en ellas. El cielo del monte de San Pedro cruzaba de un lado al otro del horizonte, desde las llanuras hasta las montañas y desde la garganta hasta el valle del río. Según la hora del día, se podía ver el amanecer y el ocaso, los tonos rojizos y amarillos, y a veces la luna al atardecer, al otro lado del sol. Y yo me emocionaba, y siempre aplaudía cuando llegábamos. Padre me veía disfrutar tanto que a menudo era él quien me preguntaba si me apetecía acompañarlo.

—Lola, ¿quieres venir hasta el monte de San Pedro? —lo preguntaba con una sonrisa en la mirada que esperaba mi respuesta, que siempre era un sí largo con un chillido agudo de excitación.

Otras veces era yo quien se lo pedía cuando salía con el carro lleno.

—Padre, ¿sube por San Pedro?

Si la respuesta era sí, él mismo me invitaba; si era no, me contestaba:

—No, hija, otro día —y yo lo encajaba bien.

—No pasa nada, padre, que tenga un buen viaje —lo despedía abriéndole el portón del patio del tejár para que saliera, saludándolo con la mano y sonriendo, con la satisfacción de no sentir ningún resquemor, solo una pizca de melancolía.

Las piezas de arcilla se amontonaban en el patio del tejár ordenadas en pilas que crecían o menguaban según el día. Eran de diferentes medidas y formas, y también las había de diferentes colores. La mayoría eran tejas, y su forma, el molde que usaban para fabricarlas ¡provenía de la propia pierna de mi padre! Así me lo contó, y me mostró cómo la teja se adaptaba a su muslo hasta la rodilla, y a mí me pareció una proeza sin igual, y durante mucho tiempo creí que, sin padre, no existirían las tejas, ni las tejerías ni tampoco los tejados.

Además, se fabricaban mahones, peldaños, ladrillos macizos, losas y baldosas, adobes y picholines. Todas las piezas eran más o menos rojizas dependiendo del tiempo de cocción: cuanto más largo, más blancas salían y eran más valiosas. Yo no lo entendía. Me parecían mucho más bonitas las rojas, muy rojas, como la arcilla del terraplén.

Padre decía que las piezas son como las personas y cada una sirve para algo que no puede hacer otra.

—Por ejemplo —me aleccionaba cuando íbamos en el carro— un mahón sirve para construir, para levantar una pared, pero si quieres un pilar que dure toda la vida, lo has de hacer de ladrillo macizo. La losa o baldosa es fina, pero firme, maja y fuerte por igual; sirve para un pasamanos o un suelo lucido. Los peldaños tienen su forma especial para redondear un canto de escalera, pongamos por caso. El color no tiene ninguna importancia. La misma función tiene un ladrillo rojo como el vino que uno blanco como la leche;

ahora que, si por capricho alguien quiere unas piezas muy blancas, se tiene que echar mucha más leña al fuego y cuesta más dinero.

—¿Y los picholines, padre? ¿Qué son los picholines? —preguntaba yo, y padre sonreía orgulloso.

—Los picholines son las piezas más especiales, como tú, hija, pequeñas, delgadas y valiosas, porque se usan para los huecos donde no caben las demás—y nos reíamos los dos. A menudo padre me llamaba así: «¡Picholín, ven!», «¿Qué haces, picholín?», «Picholín, ¿qué tal?».

Hasta que crecí y me volví «baldosa», como él decía, fina pero firme, bonita y fuerte por igual.

Celia era hija del panadero de casa Retuerta y siempre olía a pan recién hecho. El primer día de escuela, al llegar, me quedé sola en medio del patio con la mirada fija en un reloj de sol que lucía en la pared, intentando descifrar cómo se leían las horas.

—Es de sol —me dijo ella—. Hoy no se ve nada porque está nublado, no hace sol. —Hablaba despacio, como masticando las palabras para que yo la entendiera—. Cuando salga el sol y le dé de lleno, la sombra del gnomon, que así se llama el estilete de en medio, marcará la hora —dijo señalándomelo—. Ya lo verás.

Yo seguía sin decir ni pío, embobada con el mecanismo mágico y ahora también con la voz dulce de la niña que olía a pan recién hecho y que sabía tanto, gnomon, gnomon. Entonces sonó una campanilla y todas se pusieron en fila india, pero yo me quedé plantada donde estaba sin saber qué hacer. Celia me rodeó suavemente con su brazo y me colocó delante ella. Me giré para mirarla bien y me encontré unas mejillas de bizcocho, unos ojos de chocolate a la piedra y una enorme sonrisa que le ocupaba el rostro entero. Pensé

que era un ángel dulce que había aparecido para guiarme en el nuevo universo de normas que todo el mundo parecía conocer. Y así fue como Celia se convirtió en una de mis mejores amigas, buena como las hogazas de pan que cocían en su casa, y a veces también un poco pesada, como el mazapán. Así era cuando charlábamos de lo que seríamos de mayores. Ella quería ser esposa y madre. Y así lo decía: «Yo quiero ser esposa y madre», por este orden. Yo le preguntaba qué quería decir con «esposa» y ella me contestaba que lo eres cuando te casas en la iglesia y el cura lo santifica, y es lo mejor que te puede pasar. Y yo le preguntaba por el chico.

—¿Y el chico? —le decía—. ¿Qué pasa con el chico con quien te casas?

—Nada, ¿qué ha de pasar? Será el esposo.

—Pero ¿cómo lo eliges?

—Tú no lo tienes que elegir —me cortaba—, él te elige a ti, y ya está.

—¿Y si no te gusta? —le replicaba yo.

—Eso no puede pasar, si es tu esposo lo quieres seguro, porque Dios lo ha escogido para ti.

Entonces se acababa la conversación. Si salía Diosnuestro señor, ya no se podía continuar, porque no le podíamos llevar la contraria. También aparecía cuando decía que quería ser madre, de muchos hijos, los que Dios tenga a bien. Este tema era más delicado. Ninguna de nosotras sabía de verdad cómo venían los hijos al mundo, era un milagro con una parte misteriosa que solo los mayores conocían y no estaban dispuestos a compartir con nosotras, más allá de algún chiste o alguna ocurrencia y las risas que soltaban al ver que no lo pillábamos. A pesar de eso, sí teníamos algunas certezas que nos venían de ir a misa como que la Virgen María era virgen y había concebido al Hijo de Dios sin pecado, por obra del Espíritu Santo. No sabíamos qué quería decir «virgen», «sin pecado», «concebir» ni «por obra», pero

podíamos intuir que en aquellas pocas palabras se encontraba el meollo de la cuestión.

María apareció más tarde. Sus padres eran comerciantes de telas y habían venido a vivir al pueblo a finales de año huyendo de algo que les había pasado que la gente rumoreaba y que yo nunca supe de verdad qué es lo que fue. Unos decían que deudas, una pelea con el padre de él, un entuerto con el padre de ella... El caso es que se oían chismorreos por todas partes y nadie aclaraba nada. Cuando se lo pregunté a madre, me contestó que no se debía cotillear.

—Bastante tenemos cada uno con nuestras cuitas ¡como para estar pendientes de las de los demás!

Yo tampoco era chismosa, me daba igual la vida de los demás, pero la frase de madre no la entendí hasta años más tarde, cuando las maledicencias se refirieron a mí, y entonces admiré su talante prudente, discreto, poco dado a criticar a nadie.

María era muy callada y casi nunca se quejaba. Tenía el pelo corto y negro como su piel, muy morena. Era alta, delgada y de facciones recortadas como las figuras que salían en los dibujos del Egipto de la Antigüedad. El día que llegó, cuando sonó la campanilla, Celia se le acercó y la rodeó con el brazo con ternura y la colocó delante de ella, yo me puse detrás. María no se volvió y no pudo ver las mejillas de bizcocho, ni los ojos de chocolate a la piedra, ni la enorme sonrisa que llenaba el rostro entero de Celia. Se quedó mirando al frente, tiesa y seria, como una estatua, hasta que entramos en clase y nos sentamos juntas. La ayudamos a entenderlo todo y nos hicimos amigas. María no quería ser esposa y madre como Celia, pero creía que la vida estaba escrita y que todas teníamos un destino. Que no teníamos que pensar mucho, porque, hiciéramos lo que hiciéramos, pasaría lo que tuviera que pasar. No mencionaba tanto a Diosnuestro señor, pero cuando le preguntaba quién y cómo

se decidía, también acababa diciendo que era Dios quien manejaba los hilos. Y la conversación terminaba, porque no se podía contradecir. Cuando charlábamos, yo conseguía inquietarlas. Porque para mí todo se podía escoger; les decía que la vida tejía muchos caminos y que tú podías elegir.

—Para volver a casa —les explicaba para que lo entendieran— puedo elegir ir por la carretera o bien por las callejuelas del pueblo, que se tarda un poco más, pero a cambio, no pasan los carros que levantan tanto polvo y en verano no cae la solana de lleno. También puedo escoger ir por el lado soleado de la calle cuando hace frío y aparece un sol tenue en medio de la niebla para que me caliente un poco, y también puedo mirar al cielo y no al suelo cuando camino, y dar saltos, y silbar. Lo de silbar no siempre lo puedo hacer, claro, he de vigilar quién me oye porque me riñen y me echan en cara que es cosa de chicos. Pero también puedo decidir ir al río a lanzar piedras, y allí silbar y silbar sin parar y sin que nadie me diga nada.

—Con Martín —interrumpía Celia con una risita.

—Puede que sí, puede que vaya con Martín o sola, elijo yo —contestaba con aire de suficiencia—. O sea, que casi todo lo puedes decidir —concluía yo.

—Menos la muerte —remataba María—, que ya está escrita.

Y entonces agachaba la cabeza y, en voz baja, explicaba lo que le pasó a su abuela, que le cayó un rayo mientras venía de la fuente una tarde que anunciaba temporal y el primer relámpago la dejó tendida, muerta, en el camino. Y nadie lo podía entender, por eso María decía que cuando te tiene que llegar, te llega, que el día de tu muerte está escrito, aunque nadie supiera muy bien dónde ni cuándo. Celia, María y yo teníamos largas conversaciones sobre infinidad de cosas sin perder el hilo, pero cuando salía la muerte, yo les cambiaba de tema enseguida, proponía ir a la Plaza del

Trigo o correr bajo los porches. Yo no quería pensar ni darle vueltas a la muerte, ni saber si estaba escrita o no. Quería tener una vida bonita, mía, y la quería elegir.

Por el pueblo corrían muchas historias. No sabes a qué edad las oyes por primera vez, pero yo siempre había sabido que Martín era hijo de Antonio Sala del hostel y de Isabel de casa Chica, que murió en el parto, muy joven. Antonio se volvió loco de dolor y culpó al niño de la muerte de su mujer. Aún peor, no lo quiso ver hasta que cumplió tres años, cuando acabó el duelo. Durante ese tiempo, Martín vivió con su abuela materna, que también murió después de una enfermedad rara. O de pena. Entonces el padre se volvió a casar y su segunda mujer aceptó hacerse cargo de Martín, a pesar del rechazo del padre.

Yo había oído a trozos esta historia, aquí y allá, pero nunca había preguntado nada, porque conocía poco a Martín y tampoco me importaba. Hasta que un día, cuando se alargaban las tardes y se olía ya el verano, me lo encontré solo cerca del río, lanzando guijarros con el brazo, intentando que alcanzaran el agua que corría por debajo del puente de arcos de piedra y rompieran el reflejo de su redonda perfecta. Me situé en la misma ribera, más abajo. Después de mirar fijamente cómo lanzaba las piedras, dos o tres, elegí una mediana con el canto redondo y plano, me la coloqué entre el dedo índice y el pulgar, estiré despacio el brazo a la altura de mi cuerpo y, cuando lo tuve casi detrás de mí, a mi espalda, la lancé con fuerza, como si me fuera la vida en ello. El canto fue saltando sobre el agua del río, pasó por delante de Martín y rebotó una, dos, tres veces hasta hundirse en la cuarta, en el preciso instante en que una calesa cruzaba el puente con el estrépito de los cascotes de los caballos sobre los adoquines. Martín me miró asombrado y silbó.

—¡Caramba!, ¿cómo has aprendido a lanzarlas así?

—Me enseñó mi padre —le contesté.

Recordé el verano de hacía dos años, una tarde calurosa en la que casi no se podía respirar, cuando madre le pidió a padre que nos llevara a mí y a Pedro al río, que ella se quedaba con la pequeña Elisa en el lavadero, remojándola. Decían que nunca había hecho tanto calor. Padre nos llevó por el camino del molino hasta aquel mismo lugar, se arregó los pantalones y, agarrando a Pedro de una mano y a mí de la otra, nos metimos los tres hasta que el agua cubrió la barriga de mi hermano. Aún puedo sentir la aspereza de la inmensa mano de padre, con restos de arena de arcilla que hacían cosquillas en la mía... Nos remojó las cabezas y nos salpicamos uno a otro riendo. Después me enseñó a tirar piedras en el río, cómo colocar el cuerpo y sujetarlas, cómo lanzarlas con el brazo para que saltaran por encima del agua como si fuera un lienzo una, dos, tres, hasta cuatro veces antes de hundirse, dejando círculos que se hacían grandes en medio del remanso debajo del puente de piedra y arcos que, al reflejarse en el agua clara, perfilaban una redonda perfecta, hasta desaparecer.

Martín volvió a silbar en tono más serio. Ya no intercambiamos más palabras ese día. Lanzamos cantos uno detrás de otro, ahora tú, ahora yo, hasta que me pareció que era tarde y me fui corriendo a casa con un adiós y hasta luego. Al día siguiente, al salir de la escuela, volví. Allí estaba Martín, en el preciso lugar. Repetimos lo mismo durante unos cuantos días seguidos. En una ocasión, sin venir a cuento, le solté:

—¿Es verdad que tu madre murió al nacer tú?

—Sí —contestó.

Se hizo un silencio largo que solo rompía el golpear de las piedras contra el agua, los chopos rozándose entre sí y el trino de un petirrojo cercano.

—¿Quieres venir un día al tejar? A lo mejor podemos ver el horno.

—Algún día —dijo él, sin inmutarse ni cambiar la pose de mayor, con la gorra que no se quitaba nunca y los ojos pequeños de gorrión desconfiado.

Siguió lanzando piedras al río, haciéndolas resbalar para que rebotaran una, dos, tres, hasta cuatro veces antes de hundirse, dejando círculos que se hacían grandes en medio del remanso, debajo del puente de piedra y arcos que, al reflejarse en el agua clara, perfilaban una redonda perfecta, hasta desaparecer.

Los domingos íbamos a misa y, al salir, dábamos una vuelta por el pueblo antes de volver a casa a comer. Si tocaban sardanas en la plaza, madre y padre las bailaban y me pedían que cuidara de los pequeños. Yo los miraba y seguía el ritmo con los pies, una mano agarrando a Elisa y otra, a Pedro, que quería escaparse. Pronto cumpliría seis años y no hacía ningún caso. Yo le decía:

—¡Pedro, baila conmigo! —y él hacía como que sabía los pasos y después se zafaba de mi mano y se escabullía entre las piernas de la gente.

Siempre me han gustado las sardanas, el ritmo de «un, dos, tres, un, dos, tres» me hace sonreír, como cuando un jilguero trina y el mundo se detiene hasta que acaba su canto. También porque veía a padre y madre alegres, como nunca. Madre saltaba y los pechos danzaban también con fuerza; ella, que se veía tan comedida cuando estaba en casa... Padre le sonreía de vez en cuando con la mirada brillante y ella le devolvía la sonrisa, parecían felices. Alguna vez se formaba un corro de niños y yo me añadía con Celia, que sabía más que yo. Brincábamos como cuando saltábamos a la cuerda, pero con el ritmo «un, dos, tres,

un, dos, tres», y reíamos cada vez que nos equivocábamos de paso, que era a menudo, y Ramona Blanch, que era la que mandaba, me regañaba con la mirada. Ella contaba los pasos y avisaba cuándo eran cortos y cuándo largos, cuándo el contrapunto y cuándo se tenía que acabar. Siempre que bailaba vestía una falda blanca con enaguas de encaje de bolillos y una cinta roja en el pelo con un lazo a un lado, y alpargatas blancas con las vetas también rojas, que le hacían juego. Daba gozo ver a Ramona Blanch. Nosotras íbamos mudadas de domingo, pero claro, sin vetas de colores, ni enaguas ni lazo.

Si no tocaban sardanas ni era un día señalado, como la fiesta mayor o San Antonio, la procesión de Semana Santa, las Caramellas, Corpus o cualquier otra, padre nos proponía ir a ver pasar el coche de línea. Nos reuníamos mucha gente en los arcones de la carretera y, cuando de lejos se oía el ruido del motor, aplaudíamos hasta que pasaba ante nosotros, con el tufo que desprendía, y las criaturas lo seguíamos corriendo detrás hasta la plaza donde tenía la parada y nos cubría del polvo que levantaba por el camino, y nos divertíamos.

Durante la espera, padre nos explicaba cómo era el autobús y cómo funcionaba.

—Este es el primer vehículo de motor que circula por las tierras de Poniente —anunciaba en tono trascendental—, la primera vez que entró en el pueblo fue el 31 de marzo de 1901, iba precedido de un ciclista que avisaba y prevenía de su paso. Es un autobús de fabricación francesa, marca De-dion-Bouton —y esto lo decía, a veces, tal como se escribía, «Bo-u-ton», y otras como si supiera francés, cerrando la boca y diciendo «Buton», y nos hacía reír.

Decía que el motor funciona porque tiene un cilindro donde explota la gasolina y hace que un pistón mueva el eje y este, las ruedas, y que la potencia es de un caba-

llo o más. Yo lo miraba fascinada sin entender nada. Y él añadía que lo había aprendido del chófer, que lo conocía, que un día le había mostrado el coche por dentro y le había prometido que le enseñaría a conducirlo. Luego venían mis preguntas:

—¿Qué es un cilindro? ¿Qué quiere decir explotar la gasolina? ¿Como el horno del tejar? ¿Y un pistón? ¿Dónde está el eje? ¿Y los caballos? ¿Cómo hace para girar? ¿Y para detenerse? ¿Por qué echa humo? ¿Por qué no son de verdad los caballos? ¿Cómo obedece lo que tú le mandas? —y muchas más.

También decía que un día cambiaríamos el carro por un camión de motor. Que sería pronto, cuando tuviéramos suficiente dinero, y así podríamos cargar muchas piezas y repararlas mucho más lejos, y que le pintaríamos un cartel en la carrocería que diría «Tejería Torres» con letras rojas como la arcilla.

Por la noche, yo me dormía mientras soñaba con los automóviles y me veía conduciendo uno muy alto y lujoso, y cuando quería bajar no llegaba al suelo y por debajo corría el agua del río, y yo me caía y me mojaba toda y me despertaba sudando.

En otoño llegaron las riadas, parecía que las montañas querían descender por el río hasta el mar. Los campos se habían anegado y dos payeses murieron intentando salvar a su ganado cuando se lo llevaba la torrentada. Agua con rocas, árboles, ramas y barro bajaban desde los picos y se estrellaban con lo que se les ponía por delante. El puente de piedra se destruyó casi por completo y el caudal llegó a cubrir sus arcos, que se convirtieron en una presa donde lo que bajaba quedaba atrapado en ellos, hasta que cedió y una buena parte se rompió.

En pocos días, obreros venidos de todas partes construyeron un puente de madera provisional al lado del que se había derruido para que cruzaran las autoridades que venían a examinar los destrozos. Fuimos el pueblo entero a verlos pasar. Nunca había venido nadie tan importante; decían que incluso hasta el mismo rey de España pasaría. Nuestra familia salió delante del portón del patio del tejár. En la acera contraria de la carretera estaba la familia Sala, Antonio y su mujer con los dos hijos pequeños, y Martín. Nos cruzamos la mirada y, sin decirnos nada, salimos del grupo cada uno por su lado y fuimos hasta el río sin que nadie se diera cuenta. Allá estaba el puente de madera y los restos de nuestro puente de piedra y arcos, ahora tan dañado. La gente se había quedado en los márgenes del camino del pueblo con banderolas que habían repartido para saludar al rey, y Martín y yo cruzamos el puente de madera corriendo, saltando las vigas y rieles que habían colocado, para escondernos entre los chopos en la otra ribera del río y así ver la comitiva. Desde nuestro escondite podíamos observarlo todo. El séquito estaba formado por tres coches que pasaban muy despacio. El primero era de caballos, un carruaje lujoso que se parecía al de los entierros, y el chofer vestía engalanado. Dentro iba el alcalde, que abría la procesión y la conducía hasta las afueras. El segundo vehículo era mucho más interesante, de motor, descubierta y magnífica, el chófer de uniforme que parecía militar, con gorra plana y botonera que lucía tanto como los faros y los ejes de las ruedas. Me fijé en que el volante estaba a la derecha y que a los costados colgaban ruedas de recambio con las llantas blancas que hacían juego con una lona, recogida tras los pasajeros, que debía ser la cubierta. Dentro, cuatro hombres, dos delante y dos detrás, vestidos de ciudad. No me atreví a decir nada, por miedo a que se nos oyera y a no poder callar si empezaba a comentar lo

que me interesaba y también lo que sabía de los coches de motor, y decidí concentrarme en observar, tal como hacía Martín, en silencio.

El chofer tocó la bocina cuando atravesó el puente, que sonó como una sirena de feria desafinada, mientras en el asiento posterior, el hombre más joven saludaba a la gente con la mano. Cerraba el séquito otro automóvil completamente cubierto, no tan ostentoso, que no dejaba ver su interior.

Cuando la berlina acababa de cruzar el río y los que le seguían estaban en medio del puente de madera, la palanca cedió al peso de los vehículos, acostumbrada a las tartanas y a los carros de mulas y caballos, ¡y el coche del rey cayó de golpe al río! Martín y yo lo vimos y también cómo salía el rey, que era un hombre joven, y la gente se le acercaba para ayudarlo y le decían «majestad, majestad», y él se había quedado calado de pies a cabeza y enfangado hasta las rodillas. Seguimos en nuestro escondite viendo cómo una muchedumbre se organizaba para sacar el coche del río, con mulas. Alguien le trajo ropa limpia al rey, que también aparentaba ayudar a retirar la cuerda ligada al automóvil, sucio de lodo como él. Cogió la muda y vino a paso ligero bajo los chopos a cambiarse ¡allí donde estábamos nosotros! Se puso de espaldas sin apercibirse de nuestra presencia y se quitó los pantalones y los calzones, dejando a la vista sus nalgas blancas como el algodón. El ayudante venía por detrás y este sí nos vio enseguida y nos preguntó muy enfadado que qué hacíamos allí, y el rey dio un salto como si le hubiera pinchado un aguijón y gritó con voz aguda de cantante de zarzuela: «¡Fuera niños, fuera!», en tono altivo y nervioso. Y huimos a toda prisa, riéndonos, divertidos...

Nos quedamos arriba para ver cómo acababa el episodio. Al final, sacaron el fastuoso automóvil del río, que quedó totalmente enfangado, y el último coche salió por la parte más

alta, donde había poca profundidad. Se subieron al coche, el rey con ropa limpia, y se fueron sin saludar ni despedirse de nadie, ni siquiera de la gente que los había ayudado.

Martín y yo estábamos emocionados por haber sido testigos del suceso excepcional. Ver los coches de motor tan opulentos, que nunca antes habían pasado por el pueblo, y contemplar la escena de la caída al río con el soberano dentro... y verle el pandero y su pose, tan estirado... Nos lo íbamos repitiendo uno a otro pisándonos las palabras y disfrutándolo.

—No se lo creerán en casa cuando lo cuente —dije yo.

—Lola, ¿y si no se lo contamos a nadie? ¿Y si nos lo guardamos para nosotros? Puede ser nuestro secreto.

—De acuerdo —asentí, sin preguntar el porqué, solo con la certeza de que tener un secreto con Martín había de ser algo bueno, seguro.

Días después, cuando cesaron las lluvias, que parecía que no lo iban a hacer nunca y que tendríamos que ir en barca por las calles, salió publicado en el periódico que el automóvil del rey se había precipitado al río y que con ayuda de la gente y de su propio esfuerzo habían conseguido recuperarlo y pasarlo a la otra orilla. La gente del pueblo comentaba lo que había pasado, unos porque lo habían visto y otros porque habían auxiliado en el rescate, pero cuando apareció escrito, se convirtió en uno de los eventos más importantes de la historia de nuestra villa rodeada de puentes. Martín y yo callamos lo que habíamos presenciado para guardar nuestro secreto, que nos hacía sonreír de vez en cuando y nos ligaba con un nudo firme, perdurable.

Mi primera comunión se celebró en la parroquia de Santa María cuando yo tenía nueve años, junto con mi hermano Pedro, que acababa de cumplir siete. Fue mosén Jacinto

quien la ofició. Era un día importante para la familia, que lucía atildada, de fiesta. Habían venido los abuelos y el tío Sisco desde la aldea cercana donde vivían, y habían preparado un capón para comer después de misa. Muchas niñas y niños del pueblo comulgarían por primera vez, las niñas en los bancos de un lado y los niños en los del otro. Madre me había cosido un vestido blanco hasta los tobillos como una túnica. Me lo había probado dos tardes, cuando el sol se ponía, y se quedaba por las noches con una luz de aceite para acabarlo, mientras con un pie mecía la cuna donde dormía Teresa, muy chiquita. Me tenía que quedar quieta como una estatua mientras me probaba y yo notaba las yemas de sus dedos gélidos corriendo por las costuras con dulzura, y me daban escalofríos y temblaba. Madre sonreía con disimulo, concentrada en embastar, y me iba diciendo:

—Lola, no te menees, ¡que te puedo clavar un alfiler! —Y yo tomaba aire para no tener ni siquiera que respirar.

Por encima luciría una mantilla que madre había usado en su boda. Me había llamado desde su habitación con aire misterioso, como para revelarme alguna confidencia. Madre podía tener muchas historias secretas. Guardaba para ella, bajo llave, las cosas y los pensamientos, y de vez en cuando, en el momento menos esperado, sin que nadie lo pudiera adivinar, los compartía. Aquel día me pidió que me subiera a una silla para alcanzar una caja que estaba encima del armario.

—Esa no, la de debajo, la más delgada.

La bajé y la puse con cuidado sobre su cama. La abrió con las dos manos, como quien descubre un tesoro, con la mirada brillante, orgullosa. La desembaló del papel de seda blanco que la cubría, despacio, acariciando cada pliego con cuidado, y el sonido que produjo al hacerlo parecía el de un aleteo. Y allí estaba, la mantilla, con decenas de mariposas prendidas en una telaraña bordada de encaje.

—Es para ti, para tu primera comunión. La llevé en mi boda y me ha traído mucha ventura, hija. Quiero que tú la luzcas ese día, así podrás disfrutarla mucho antes.

—Gracias, madre, es preciosa. —Y me la prendió cuidadosamente.

Ella me miraba con ternura. Y a mí me agradaba. Yo no quería saber nada de novias ni casamientos, pero la mantilla con decenas de mariposas prendidas en una telaraña de encaje cayéndome sobre los tirabuzones castaños y la túnica blanca hasta los pies que me había cosido madre me hacían feliz. Y además, aunque pareciera una novia, yo no me tenía que casar con nadie. Mi pareja era mi hermano pequeño, y eso era divertido y también un poco peligroso, porque en cualquier momento podía hacer una de las suyas. Pedro era muy travieso. Le gustaba hacer diabluras porque sí, sin motivo alguno. Como el día en que, durante la prueba de ensayo de la primera comunión, se escondió debajo del banco y, cuando me tocó salir hacia el altar desde la bancada de las niñas que debían juntarse cada una con un niño, no había nadie al otro lado. El capellán gritó:

—¡Pedro Torres Codina!, ¿dónde estás?

Se enfadó muchísimo el cura con la bromita de mi hermano y cuando acabó el ensayo fue a hablar con madre y le advirtió que, de seguir así, Pedro no podría comulgar, porque no observaba el camino que le marcaba Diosnuestro señor. A mí, sinceramente, tampoco me hizo gracia, porque al final siempre recibía yo.

—¿Dónde está tu hermano, Lola Torres? ¡Hazlo salir inmediatamente! ¡Tú eres la mayor y tienes que responder por él!

Y también me amenazó con no hacer la primera comunión. Eso no me importaba mucho, pero sí la fiesta, el vestido, la mantilla, la ilusión de padres y abuelos y viajar toda la familia en la tartana, juntos. La habíamos adornado como

para una procesión, con flores silvestres que la vigilia habíamos recogido en los prados. La mula luciría una corona de margaritas blancas, ¡como yo! Fue idea mía y estaba muy orgullosa de ella. La madrugada anterior le susurré al oído, cuando nadie me podía oír:

—Mula bonita, hoy te bautizo, porque nunca has tenido nombre y tú no te mereces eso. A partir de hoy te llamarás «Tejerina» en honor a las tejas de arcilla de nuestro tejár.

Le eché un chorrito de agua por la cabeza y me pareció que me miraba y lo entendía.

—Mañana lucirás una corona de margaritas como la mía y nos llevarás a toda la familia al altar.

Pedro vestía un traje de domingos que le habían prestado y eso le obligaba a ir con mucho cuidado porque lo tenía que devolver immaculado. Parecía un galán, pero él no estaba contento, no le gustaba nada, ni la fiesta, ni la ilusión de padres y abuelos, ni pasear juntos en la tartana, ni, por supuesto, el traje, del que tenía que velar todo el tiempo. Pedro quería correr y desaparecer. Su pensamiento estaba en otro lado, sin que nadie supiera dónde, ni él mismo. Cuando tuvo que confesarse antes de la comunión, la lio parda. Ni siquiera lo tenía que haber explicado, porque los secretos de confesión nadie los debería saber, pero lo soltó mientras cenábamos.

—Yo soy ateo. Se lo he dicho al cura en confesión —y soltó una risita. Yo no sabía qué significaba la palabra *ateo*. Sonaba como un insulto o una palabra fea.

Y madre le preguntó:

—¿De dónde has sacado eso?

Y padre, enfadado:

—¿Qué estás diciendo, majadero?

Padre no se enojaba a menudo, pero ese día sí lo hizo. En tono duro y clavando la mirada en su hijo, le plantó:

—No sabes ni qué significa, ¿y encima te ríes?

Era cierto, Pedro no sabía lo que quería decir esa palabra, solo quería provocar y trastornarnos para divertirse. Así era Pedro, cuanto más gorda la armaba, más disfrutaba. Unos días antes lo vi con un grupo de chavales mayores que jugaban en un corro, sentados con las piernas estiradas y abiertas. También estaba Martín, y me acerqué disimuladamente para espiarlos detrás de un olmo. Lanzaban una navaja que tenían que clavar en el suelo, entre las piernas, y cuanto más se acercaba a la entrepierna, más susto para el que la recibía y más risas de los demás. «Rompecojones», le llamaban al juego. Entonces le tocó a Martín. Se la tiró a Pedro bastante lejos y se notó que lo había hecho adrede. Muchos mascularon reproches porque no había arriesgado. Pedro debía lanzarla luego. Cogió la navaja, apuntó a un chico delgado y con la cabeza rapada que no parecía del pueblo, y se la lanzó. Quedó clavada en la misma entrepierna delante de su bragueta. Y soltó una carcajada. Se oyó un «uyyyy» de alguien y también mi grito de sobresalto que no pude refrenar y que me delató. Todos se volvieron hacia mí y Pedro gritó:

—Lola, ¿qué haces aquí?

Martín se puso de pie, se enfundó la gorra y se fue, sin más. Yo hice como si no me hubiera asustado de verdad y le pedí a mi hermano que volviéramos a casa:

—Venga, vamos, que es tarde —le dije como si nada.

El carro amaneció adornado y la mula Tejerina con su corona de margaritas nos llevó a toda la familia desde casa hasta la iglesia de Santa María, por la calle Mayor. Los abuelos y el tío se sentaron delante con padre, madre y los pequeños en medio. Y de espaldas, con las piernas colgando del carro, íbamos mi hermano y yo, muy elegantes. Toda la familia relucía como el caldero de cobre después de haberlo bruñido la abuela durante un día entero.

La ceremonia salió bien, sin sobresaltos. Pedro se comportó, hizo su papel con cara de fastidio de vez en cuando. Yo estaba feliz. Si en algún momento decaía mi entusiasmo, como cuando el capellán en su sermón habló del infierno, los demonios y la muerte, que me espantaban, yo me abstraía mirando las decenas de mariposas que caían por mis brazos, y suspiraba.

Volvimos por el mismo camino, las flores que adornaban la tartana ya un tanto marchitas. Comimos el capón y madre invitó a los hombres que faenaban en el tejar a tomar café, una copa de anís y un cigarro. Julio y Ramón, que era el nombre de los dos que estaban trabajando ese día, aceptaron de buen grado y a mí me pareció que la fiesta era más fiesta, y aún más cuando Julio sacó un flautín del bolsillo y se puso a tocar allí mismo en la mesa y le seguimos el ritmo con las palmas y los pies. Me queda el recuerdo del retrato que los días previos me habían hecho con el vestido y la mantilla. Tuve que ir a la rectoría, donde me esperaba un fotógrafo venido de la ciudad con su cámara de cajón, y madre me vistió allí mismo como si fuera el día señalado. El retrato me ha acompañado toda la vida, como una porción de felicidad de la infancia, que pronto tocaría a su fin.

Si desea más información  
o adquirir el libro  
diríjase a:  
[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com)



Lola crece en los años veinte del siglo pasado en una tejería de un pueblo de Lleida. Es la mayor de seis hermanos y desde muy pequeña se siente llamada a ayudar a su padre en el tejar, primero llevando la contabilidad, luego aprendiendo a transportar el material con el carro y las mulas, y más tarde con el camión. Pero la gente no ve con buenos ojos que se convierta en camionera, porque considera que no es trabajo de mujeres. ¿Hasta dónde será capaz de llegar Lola para salvar la tejería? ¿Qué precio tendrá que pagar para ponerse al frente del negocio familiar y conducir el camión?

La novela indaga en el concepto de familia, en la dureza del paso a la edad adulta y en su capacidad de soportar la presión social. Y la prosa —a menudo poética— fluye entre ladrillos, campos, caminos y un viaje en camión a Barcelona, mientras conocemos a la protagonista narradora y la acompañamos en su crecimiento, en su reto vital y en su anhelo de libertad.

Esta es la historia de Lola, la primera mujer camionera de Cataluña, y un tributo a las mujeres pioneras en la lucha por la igualdad.

---

*El mundo del tejar era redondo, cuanto acontecía empezaba y acababa allí mismo. Cada paso, cada movimiento de los que vivíamos allí tenía que ver con las tejas, los ladrillos, la arcilla, el terraplén, el carro y la leña que terminaba en el horno. El horno, que funcionaba día y noche todos los días del año, siempre, y la chimenea echando su humareda, muy arriba, hacia el firmamento. Era tan alta que los días de niebla no se veía el final.*